¿SANACIÓN o SALVACIÓN?

CUENTAN que, tras los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid, un nutrido grupo de sacerdotes se dirigieron a la estación de Atocha para ofrecer sus servicios pastorales a quienes pudiesen necesitarlos. Para sorpresa de muchos, no hubo ningún interés en su oferta. Allí lo único que se precisaba aquel día era personal sanitario, policía y atención psicológica. En vista de lo acontecido, y al comprobar la irrelevancia de su presencia, se volvieron por donde habían venido.

La anécdota –oculta bajo los dramáticos acontecimientos que se precipitaron durante aquellas semanas– ilumina con gran claridad una de las principales dinámicas culturales de nuestro tiempo: la sustitución de la búsqueda de *salvación* por el deseo de *sanación*.

Ante la epidemia del coronavirus, la anécdota del 11M me ha vuelto a la cabeza y me ha hecho preguntarme, de nuevo, por el declive de las creencias religiosas en nuestra cultura y por la preeminencia de lo terapéutico. En no pocas ocasiones de la vida, resulta imprescindible que sucedan acontecimientos extraordinarios para que emerja aquello que permanecía oculto en lo ordinario.

Como en el antiguo proceso de revelado fotográfico, se precisa introducir el negativo en un líquido, a oscuras, durante un tiempo, para que la imagen latente presente en la película se haga visible. El ocultamiento –confinamiento o cuarentena– impuesto durante estas semanas ejerce una función de «revelación cultural», similar a la fotográfica. Y una de las imágenes más poderosas que emerge es, sin duda, la terapéutica. La preocupación por la salud.

Aunque el fenómeno no es nuevo. Hace ya tiempo que médicos, entrenadores, psicólogos (y ahora *coachs*) desplazaron al clero y se transformaron en los referentes principales para alcanzar el bienestar corporal y la salud mental, valores sacrosantos de nuestra cultura. A lo largo de la historia, sin embargo, esto no fue así. Más bien al contrario, la dimensión *terapéutica* –la búsqueda de la sanación– y la *soteriológica* –la búsqueda de la salvación– fueron siempre de la mano, subordinándose la primera a la segunda.

> El encuentro con Zaqueo expresa muy bien que Jesús impulsaba en ocasiones la curación, pero buscaba la salvación de la persona, su reconciliación con Dios, el prójimo y uno mismo.

No es casual que en los evangelios Jesús se presente, al mismo tiempo, como sanador, taumaturgo y exorcista. Al fin y al cabo, para la mentalidad bíblica no tiene ningún sentido desvincular salud corporal,



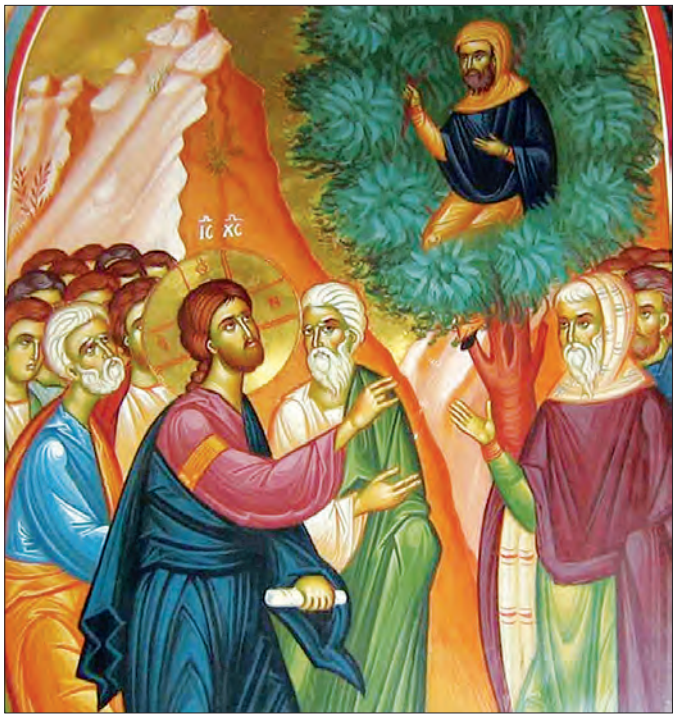
mental y espiritual. Tras calmar una tempestad, curar una enfermedad o expulsar un demonio, Jesús invitaba siempre a marchar en paz, confiar en Dios y no pecar más. Porque la distorsión de la relación con Dios, con el prójimo y con la creación son dimensiones de una única ruptura que necesita ser sanada.

Los evangelios expresan muy bien, por medio de diversos relatos, las múltiples dimensiones de la salvación. Por ejemplo, los encuentros con el endemoniado de Gerasa, el ciego de Jericó, la hemorroísa, el paralítico de Cafarnaúm o la hija de Jairo narran experiencias de sanación radical que devuelven a la vida plena a cada uno de sus protagonistas.

Otro encuentro conmovedor, esta vez con el cobrador de impuestos Zaqueo, expresa muy bien que Jesús no trataba solo de restituir la salud corporal y mental de las personas con quien se encontraba. Pretendía mucho más. La particular misión que le impulsaba incluía en ocasiones la curación, pero buscaba sobre todo una rehabilitación integral, la salvación de la persona entera, su reconciliación con Dios, con el prójimo y con uno mismo. Por eso, tras aquel encuentro transformador, Jesús confiesa: «El Hijo del hombre ha venido a buscar y *salvar* lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). Él es el redentor, el Salvador del género humano.

Con el paso del tiempo, parece que muchos creyentes hemos olvidado que Cristo vino al mundo para salvarnos, que dio su vida *por mí*. Hemos transformado la experiencia fundante de la comunidad cristiana primitiva en un vago anhelo de curación—corporal, psicológica y espiritual—pero desvinculado del encuentro vivificador y redentor que describen los evangelios.

Aunque quizá esta mutación de las expectativas religiosas no se deba solo a nuestra inconsistencia o a nuestra falta de fe. Hay poderosas corrientes culturales que han puesto en el centro lo terapéutico como valor supremo, diluyendo la soteriología como dimensión central de la fe.



> ¿Cuál es el valor central de nuestras vidas: la *sanación* o la *salvación*? ¿Cuál es la dimensión principal de nuestra existencia: la *terapéutica* o la *soteriológica*?

Tanto es así que el largo proceso de secularización de las sociedades occidentales ha llegado a desligar ambas dimensiones de la experiencia religiosa, hasta el punto de marginar y hacer prácticamente desaparecer la salvación como meta de la existencia. Charles Taylor, uno de intelectuales que mejor ha descrito este proceso, lo denomina «el auge de lo terapéutico»» (*the rise of the therapeutic*). La medicalización de la reproducción, el nacimiento y la muerte, o las soluciones farmacológicas a la tristeza, la soledad y la depresión son algunos ejemplos de esta profunda transformación.

Ahora bien, en el actual contexto cultural los cristianos tenemos la obligación de preguntarnos –quizá ahora más que nunca– cuál es el valor central de nuestras vidas: ¿la *sanación* o la *salvación*?; cuál es la dimensión principal de nuestra existencia: ¿la *terapéutica* o la *soteriológica*?

A lo largo de la historia del cristianismo, numerosos santos y santas dieron su vida –de forma martirial o por medio de una larga entrega silenciosa– no solo para curar a los apestados y olvidados de la sociedad, sino para salvarles. San Roque, San Luís Gonzaga o Santa Teresa de Calcuta son tan solo algunos de los muchos nombres que vienen a la cabeza en esa larga historia de salvación.

No se trata de minusvalorar la centralidad de la salud corporal, ni de restar importancia al enorme esfuerzo sanitario de estos días, ni mucho menos de caer en un ingenuo escapismo espiritual, sino de preguntarnos con profundidad y sinceridad, como creyentes, qué deseamos, qué esperamos y en quién confiamos.

O, dicho de otro modo… ¿Dónde deposito mi esperanza? ¿De qué necesito sanarme? ¿Quién podrá salvarme?

JAIME TATAY, SJ